



CAMINOS ALTERNATIVOS

HISTORIAS TRAS LA
BÚSQUEDA DE LAS NUEVAS
ESPIRITUALIDADES

AYELÉN IÑIGO
MARIEN CHALUF

Ayelén Iñigo
Marien Chaluf

**CAMINOS
ALTERNATIVOS**

HISTORIAS TRAS LA BÚSQUEDA DE
LAS NUEVAS ESPIRITUALIDADES

Índice

Introducción	11
La terapia cruel	15
La planta de las certezas	29
Y los verás en su ausencia	45
Ser más de una vez	59

Agradecimientos
Ellos saben.

Introducción

Caminos nació una tarde de domingo, de silencio sin autos. Nació de una charla de amigas, mate de por medio. Pero, ante todo, *Caminos* nació de una búsqueda. Con apenas un boceto en la cabeza nos propusimos rastrear un puñado de historias que tuvieran como protagonistas a personas que, por alguna razón, intentaban sanarse mediante terapias alternativas, es decir, a través de prácticas por fuera de las lógicas de la medicina científica tradicional.

¿Qué los mueve a caminar para esos lados? ¿Qué quieren? ¿Qué buscan? ¿Por qué?

Con esas preguntas a cuestas salimos a la calle. Contamos el tema a nuestros amigos y conocidos, y todos, o casi todos, sabían de alguien que había incursionado en ese mundo, hasta el momento desconocido pa-

ra ambas. Incluso algunos confesaron ser devotos de una terapia en particular, algo que tenían guardado por miedo a la burla y al prejuicio.

En poco tiempo nos encontramos con otros templos y consultorios: departamentos preparados para la meditación y el regreso a vidas pasadas, grandes salones alquilados para sesiones donde se sanarían vínculos familiares, casas de apariencia sencilla que en su interior encerraban reuniones para tomar plantas alucinógenas y terapéuticas.

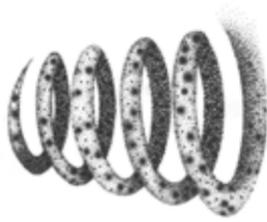
De la mano de la crónica encontramos –a nuestro entender– la mejor forma de mostrar todo lo atravesado y analizado en nuestro trabajo con las terapias alternativas. Fue este género híbrido el que nos permitió narrar estas cuatro experiencias para introducimos en disciplinas como las Constelaciones Familiares, la Terapia Neural, la ceremonia de la Ayahuasca y la terapia de Vidas Pasadas, para contar cómo, por qué y para qué llegan los pacientes a probar suerte con ellas. Historias de angustias, desencantos y nuevas maneras de comprender el cuerpo, la salud y la enfermedad.

En total, consumimos unos veinte cafés y unos ciento treinta mates en viviendas, plazas, bares y lugares de trabajo. Y a medida que dábamos un paso más en ese universo, aparecía cada vez más fuerte la idea de crisis personal, de dolor, de desesperación como oportunidad para el cambio. Un denominador común se hacía visible fácilmente en cada conversación: la ciencia, la

religión, los grandes relatos del mundo moderno, ya no daban las respuestas suficientes. Y a partir de esa premisa, que latía en cada uno como una profunda sensación, se animaban a transitar otros caminos. En fin, a experimentar *caminos alternativos*.

LA TERAPIA CRUEL

Por **Ayelén Iñigo**



Macri ganó las elecciones y fue reelecto jefe de Gobierno porteño. Es una mala noticia. A Clara le duele la cabeza, el pecho se le cierra, siente que la angustia no la deja respirar. Necesita urgente un turno con Maia. Le da un horario para el día siguiente. Clara sube ansiosa los siete pisos del edificio de la calle Godoy Cruz y entra al consultorio. Maia le inyecta lidocaína en varios puntos de la cabeza y el dolor pasa. Siente las agujas en el cuero cabelludo, esa sensación de corriente eléctrica le recorre el cuerpo. El pecho se abre y Clara llora. Lloro mucho, se descarga. La angustia ya no está.

Seis meses después Clara por fin accedió a una entrevista en un bar del centro. La veo entrar. Lleva pantalón ajustado, campera de cuero negra y chalina de colores

vivos. El pelo largo, castaño, le cae sobre los hombros y un broche le despeja la melena de la cara. Sus rasgos son delicados: boca fina, nariz respingada, ojos verde-azulados. Las arrugas que le enmarcan la mirada delatan su poco más de medio siglo. Quizá el aspecto fresco y juvenil que transmite tenga que ver con los treinta años que lleva haciéndose Terapia Neural: una práctica/cura/técnica de sanación alternativa que consiste en la aplicación de inyecciones de un anestésico diluido –como la procaína o la lidocaína– en varias partes del cuerpo. Esta terapia trabaja bajo la premisa de que hay recuerdos nocivos para el organismo, irritaciones y enfermedades pasadas que, a pesar de curarse, quedan guardadas en la memoria de las células. Si no se tratan, estas alteraciones comienzan a interferir el equilibrio del organismo y producen nuevas enfermedades, dolores o malestares.

Algunos pacientes se acercan a la primera consulta con muchas dudas: no saben bien cómo funciona la terapia, para qué se inyecta la anestesia o cuáles son sus efectos.

—Ma, ¿por qué no vas a hacerte Terapia Neural? No puedo verte más postrada en la cama, muerta de fiebre y dolor —le sugirió un día a Clara su hijo Martín.

Martín abandonó hace años la medicina tradicional y decidió tratar su salud con Terapia Neural en una clínica a la que asisten varios deportistas de alto rendimiento como él. Clara confió en su hijo y sacó un turno.

Ella no tiene dudas sobre lo que le pasa: sabe que sus problemas comenzaron hace treinta años, cuando los médicos le dijeron que debían operarla para extraerle el útero y los ovarios. Con la cirugía los dolores se calmaron, pero el sufrimiento volvió la década siguiente, luego de entrar en una menopausia precoz como secuela de la misma operación.

—Tenía dolores todo el tiempo, había días en los que me era imposible pararme. Yo había modificado todo, hasta mi conducta. Era más fuerte el dolor que mis ganas de superarlo —recuerda Clara. Su voz es suave, y cuando habla lo hace en un tono lento, arrastrado, como si estuviera a punto de dormirse entre frase y frase.

A pesar del recuerdo doloroso, ya se siente bien. Tuvo la sesión de Terapia Neural con Maia, la médica que la trata hace dos años. Clara asiste al consultorio semana por medio y los efectos comienzan a sentirse en su organismo. Su bienestar parece irradiar por cada poro de la piel. Nunca pierde la calma. Recostada contra la silla de cuerina del bar me mira con sus ojos claros y vidriosos, que parecen perdidos en algún pensamiento más lejano, de otro lugar:

—Con la Terapia Neural yo siento mucho alivio. Pero no es solamente el alivio del dolor, sino que es darle la posibilidad al cortocircuito que hay en el organismo de que vuelva a restablecerse y funcione.

El mozo nos trae el pedido a la mesa y Clara no parece darse cuenta de su presencia. Ni siquiera se inmuta

cuando, de fondo, la máquina de café comienza a moler con violencia, taladrando los oídos como si láminas de acero se trituraran en una licuadora.

Yo tomo un café, Clara pide su té de siempre. La terapia neural exige un cuidado estricto con las comidas ya que los alimentos contienen tóxicos que perturban el equilibrio del organismo.

–De chica me crié en Río Cuarto, en una familia en la que comer carne era la regla. Pero yo no estaba cómoda. Me daba cuenta de que al comer carne me sentía abrumada, angustiada. Desde entonces me hice vegetariana –cuenta.

Esos primeros años de su infancia acabaron pronto. En su adolescencia se mudó sola a Buenos Aires, donde hizo cursos de teatro, de cosmetología, de modelaje. Fue gracias a algunos compañeros de teatro que se contactó con el Círculo de Médicos Naturistas, en donde le enseñaron a eliminar comidas tóxicas y a adquirir hábitos de alimentación más sanos.

–En esa época de mi vida yo era chica, no tenía mucha conciencia. Pero de lo que sí tenía conciencia era de la alimentación y de qué debía comer y qué no. Toda la gente que estudiaba teatro conmigo también tenía esa visión, siempre rompiendo con los esquemas.

Más tarde conoció a quien sería su marido. Él también compartía los mismos hábitos alimenticios y juntos criaron a su hijo Martín a imagen y semejanza: no le dieron leche ni carne hasta los seis años. Lo alimenta-

ban a base de frutas y semillas.

-¿Y cómo hacés cuando te duele la cabeza?

-No me duele la cabeza.

-Pero si algún día te agarra, ¿qué hacés? ¿tomás una aspirina?

-Nunca me duele la cabeza. Pero en ese caso no tomaría medicamentos. Por ahí me puedo hacer algún té con hierbas o jengibre.

Además de la alimentación, Clara respeta la postura de la terapia neural de no consumir remedios. Intenta mantenerse sana comiendo frutas, muchas semillas, tomando variedades de té, hierbas y energizantes naturales. Desde esta práctica se cree que un individuo puede no enfermarse, o enfermarse menos, llevando determinado estilo de vida. Ingerir preparados naturales, evitar los lácteos, las harinas refinadas y las carnes.

-Siempre hice terapias alternativas, no obstante eso yo tengo una obra social de toda mi vida, por lo cual cada año me hago todos los análisis y demás cosas. Pero no tomo medicamentos. Para mí la Terapia Neural es una entrega.

Cuando uno conoce a Daniel mirarlo a los ojos es todo un desafío. Es imposible no desviarse y posar la mirada en su prominente nariz: hinchada, sin mucha for-

ma, ocupa casi la mitad de cada pómulo. Daniel tiene 52 años y hace tres que comenzó a tener una reacción al polvo y a diferentes elementos del ambiente. Primero aparecieron los síntomas comunes a cualquier alergia, pero a medida que avanzaban los meses su nariz comenzó a deformarse y en poco tiempo llegó a cubrirle gran parte de la cara.

Recurrió a todo tipo de médicos y le diagnosticaron rinitis alérgica. Probó medicamentos, tratamientos, pero nada funcionaba. Por recomendaciones de su mamá terminó en el consultorio de un psiquiatra, quien le hizo un diagnóstico instantáneo y preciso: su problema en la nariz era consecuencia de un complejo de Edipo nunca tratado.

–Me encontró un complejo de Edipo más grande que una casa, me traté como un año y me dijo: “cuando yo te cure el Edipo se te va la alergia”. ¡Mentira! Al año lo resolví, pero la alergia seguía igual—cuenta entre risas.

Fue después de esa experiencia que comenzó a buscar en Internet nuevas alternativas y encontró una clínica en la que hacían Terapia Neural. Daniel no tenía idea, pero el sitio web hablaba de la desintoxicación del cuerpo y el lugar quedaba a tres cuadras del Hotel Plaza Marriot, donde él trabajaba.

La clínica ocupaba todo un piso de un edificio con paredes color crema y persianas de madera. Adentro el ambiente era tranquilo: una recepcionista joven, de pollera corta y botas altas, recibía a los pacientes y los

llevaba hasta un pequeño cuarto que hacía de sala de espera. El resto de la clínica consistía en varias habitaciones de paredes blancas, luces de microled y pisos de madera laqueados. Cada una estaba dedicada a algo específico: había camillas para practicar terapia neural, aparatos para realizar estudios y consultorios odontológicos.

Cuando Daniel entró, el dueño de la clínica le dijo que su cuerpo estaba intoxicado. Lo llevaron a un cuarto donde había una silla de cuero negro y un escritorio con un aparato encima muy parecido a una computadora: era un scanner importado de Rusia, que mediante el envío de ondas al cerebro podía determinar el diagnóstico del paciente en menos de dos horas.

El médico sentó a Daniel y le puso unos auriculares enchufados al scanner. Las imágenes del estudio aparecían en un plasma ubicado al lado del escritorio y mostraban varias partes del cuerpo con diferentes colores, según el grado de irritación de cada zona. Después lo examinaron con otra máquina que medía el voltaje de los órganos mediante dos electrodos. Para finalizar le revisaron la boca. Le recomendaron que fuera a extraerse las muelas de juicio y todas las emplomaduras de los arreglos dentales. Hecho eso podría empezar la terapia. Al costo de los estudios se sumaron las tres primeras sesiones de desintoxicación del cuerpo y la primera de Terapia Neural. Con eso le armaron un pack de 3650 pesos. Las extracciones no estaban incluidas.

Era costoso pero necesario. Los médicos neurales creen que las muelas de juicio tienen que extraerse porque afectan la transmisión de datos neurológicos, interfieren con la señal del sistema nervioso y pueden perjudicar o agravar ciertas enfermedades en algún momento de la vida. También están en contra de lo que ellos llaman “bimetalismo” –combinación de diferentes metales dentro de la boca–, ya que genera corrientes eléctricas que pueden repercutir en cualquier sitio del organismo, sobre todo si se tiene en cuenta la cercanía de la boca con el cerebro y el sistema nervioso.

Con su boca lista Daniel volvió a la clínica. En las tres primeras visitas terminaron de desintoxicarlo poniéndole un suero por día. No le molestaba el pinchazo de la aguja. Tampoco lo impacientaba esperar hasta que todo el líquido hubiera entrado en su organismo. Lo que realmente le disgustaba era caminar las tres cuadras hasta su trabajo soportando el fuerte olor a pickles, ese vaho avinagrado que el suero le dejaba en la piel.

Durante la cuarta visita le hicieron por primera vez terapia neural. El médico lo recostó en una camilla, sacó una aguja larga y le inyectó anestesia en dos puntos, cerca de la pelvis. Daniel sintió el dolor de la aguja al penetrar el músculo y después un ardor mientras el líquido espeso entraba al cuerpo. No dijo nada pero tampoco quiso mirar lo que le hacían.

–La Terapia Neural es cruel. Las inyecciones duelen y hay lugares donde duelen mucho. Yo me la banco

porque me quiero curar, pero hay mucha gente que no lo soporta. Si vos no estás seguro y no tenés ganas de curarte no lo hacés, no lo hacés porque te saca de fo-co-dice, y toma un sorbo de té. Sus ojos grandes, muy negros, ya no tienen las arrugas que se le forman cuando sonrío.

Él había recurrido a la Terapia Neural no sólo por su alergia, sino porque hacía tiempo que no se sentía bien consigo mismo: sufría de acidez, gastritis, colon irritable. Vivía estresado y tenía una mala alimentación. Quería cambiar pero ya no confiaba en los médicos convencionales. Los veía como carniceros vestidos de blanco.

Pero esta nueva terapia también lo decepcionó. En la clínica le daban nuevos tratamientos cada vez más costosos que debía pagar en dólares. Daniel se sentía como un cliente y no como una persona.

–Yo no soy una mercancía, soy un ser humano, que quiere algo humano. Este médico hacía Terapia Neural, pero le metía todos los chiches que te puedas imaginar. Por eso recurrí a Maia–me explica.

Maia también era médica neural en la misma clínica. Daniel la conoció ahí, y decidió irse con ella cuando renunció por desacuerdos con el médico encargado del instituto. Ahora atiende de manera particular, en su departamento, donde tiene todos los elementos necesarios para trabajar. Las sesiones son menos costosas, más personalizadas. Ahí no hay scanners rusos. No hay

sueros ni máquinas para medir el voltaje de los órganos. Sólo una camilla, agujas y lidocaína.

Ya pasaron nueve meses desde que Daniel se atiende con Maia. Su alergia no desapareció, pero asegura que está mucho mejor. La nariz sigue hinchada, sin forma. La gente lo mira raro y él lo sabe, pero no le importa.

—Yo pienso que gracias a esto cambié mi vida. Más allá de que tenga que estar así, estéticamente impresentable, internamente estoy bárbaro. Antes estaba bien por fuera y por dentro me caía a pedazos.

Ahora se muda a Brasil. Siempre fue una persona inquieta, nunca le gustó quedarse en un mismo lugar. Cuando terminó el colegio decidió estudiar ingeniería, pero se dio cuenta de que la educación formal no era lo suyo. Le gustaba leer por su cuenta, investigar sobre cosas que le interesaban. Se consideraba un autodidacta. A los 21 años dejó la Argentina para recorrer el mundo. Vivió en Río de Janeiro, en Lisboa, un año en Holanda, dos y medio en Suecia y tres en África. En cada lugar buscaba trabajo: tareas de limpieza, mozo en algún bar.

Volvió a la Argentina hace cuatro años, cuando se enteró de que su mamá estaba enferma. Ahora que todo parece estar mejor Daniel vuelve a Brasil, el país que más le gusta y donde pasó 16 años.

Ya preguntó, averiguó: allá no hacen Terapia Neural. Sin embargo, Maia le dijo que no iba a tener problema siempre que siguiera con el mismo estilo de vida, ejercitándose y haciendo una dieta macrobiótica.

–Si algún día necesitara algo vendré acá, no sé. Yo sé que voy a estar bien, soy de esos que ve el vaso medio lleno. Si saco cuentas, me vino bárbaro que se me hinchara la nariz.

Pasaron quince días y Clara está en el mismo ascensor, entrando al departamento en el que, poco tiempo atrás, la anestesia le había hecho olvidar el aplastante triunfo de Macri en las elecciones.

Ella sigue en la búsqueda. Sabe que la terapia neural intenta eliminar los recuerdos nocivos y permitir así el libre fluir de las energías, que el organismo retome su armonía consigo mismo, con la naturaleza. Para esto son importantes las agujas y la lidocaína, pero también juegan un papel protagónico los sentimientos. Mente y cuerpo son inseparables: la terapia neural busca curar el malestar físico y mental.

Eso mismo es lo que personas como Clara están buscando. Pero no es tarea fácil. Hay días en que luego de inyectarse el dolor calma casi de inmediato. Hay otros en los que sigue inmodificable. Los peores son aquellos en que luego de la sesión comienzan a tener fiebre, cansancio en todo el cuerpo, y deben permanecer en cama durante dos o tres días. En esos casos lo único que se puede hacer es soportar: saben que para la Terapia Neural estas reacciones –que llaman crisis curativas–

pueden ser buenas. Gracias a la fiebre, la diarrea o las inflamaciones el organismo recupera su capacidad de autocuración, elimina y quema toxinas.

Ahora Clara no piensa en nada de eso y sólo se acuesta en la camilla. Hoy la médica va a inyectar el nervio ciático y la columna vertebral. Otras veces es el cuero cabelludo, el paladar, la zona vaginal. A Clara le duele, pero lo soporta. Sabe que esta es la única manera que encuentra para calmar su dolor.

LA
PLANTA
DE LAS
CERTEZAS

Por Marien Chaluf



La Ayahuasca es una bebida espesa, marrón habano. Tiene gusto a tierra, lugar del que proviene. En su sabor también hay algo parecido al café y al tabaco, y al tragar aparece un ácido dulzón como el de los alimentos podridos. Rodo —el guía del ritual— convida un caramelo Lipo para que no resulte tan difícil consumir los tres o cuatro sorbos que se ofrecen, dependiendo de la textura física de cada persona.

—Las comunidades ayahuasqueras le llaman *la medicina*, porque tiene la capacidad de protegernos de todo mal, aunque también se la conoce como *la abuelita*, por su sabiduría y su energía calma pero intensa —explica Rodo antes de iniciar la ceremonia.

Camina lentamente, con un andar felino. Y sonrío.

Sonríe casi todo el tiempo y cuando lo hace, sus ojos se vuelven chiquitos y brillantes. Se ríe a carcajadas con facilidad mostrando los dientes blancos, perfectos. La barba canosa endurece un poco sus rasgos delicados. Es alto, delgado, elegante.

Son casi las diez de una noche húmeda y calurosa. La cita era a las nueve en su casa del barrio de Los Hornos, en La Plata. Las personas van llegando, se muestran tímidas y él les acerca sillas para que se vayan sentando en la cocina. La conversación es amena pero existe un notable clima de nerviosismo que se traduce en piernas inquietas y largos suspiros.

Por eso, ante todo, Rodo tranquiliza. Contesta las preguntas de los novatos y hace hablar a quienes ya han pasado por la experiencia para que den consejos sobre cómo sobrellevar ese estado —único e incomparable— al que conduce la planta. Mientras tanto, los que confirmaron asistencia terminan de llegar. De los catorce, ocho son principiantes. Algunos han vivido más que otros. Se ven pieles curtidas y no tanto. Miradas cansadas y centelleantes. Todos buscan algo.

—No le tengan más miedo al miedo del que se merece. Cuando aparezca canten, recen, griten o lloren. Respiren el miedo —dice Rodo y mira a cada uno—. Nadie puede escaparse de lo que va a ver y sentir. No intenten irse, la ceremonia inicia y termina acá.

Entre las reglas que establece menciona que ninguno podrá pararse, caminar, hablar con el compañero

ni asistir al que lllore o vomite. Cumplir esa norma será difícil. Nadie imagina cuánto.

—Cada uno en su lugar. En su propio viaje. ¿Está claro? —y recorre al grupo con la mirada.

La ceremonia inicia alrededor de las once. Las personas se trasladan a un gran salón separado de la cocina por una arcada y un escalón irregular con el que dos o tres se tropiezan. Todo es madera y artesanías: grandes ventanales, sillones de roble trabajados, un piano algo castigado por el paso del tiempo, el parqué mejor conservado del mundo.

A la casa se entra por el garaje. Después de atravesarlo, aparece un sendero de piedras custodiado por plantas altas de hojas gruesas que reproducen un ambiente selvático. En seguida se ve la construcción de puertas macizas y antiguas.

Rodo elije cuidadosamente los lugares. Primero separa a los que fueron en pareja y los posiciona de forma circular, dejando un claro en el centro del salón. A medida que consiguen su espacio, comienzan a abrir sus mochilas y bolsos donde llevan las almohadas, frazadas o bolsas de dormir. También acomodan los baldes de plástico blanco que les fueron entregados para cuando aparezcan las ganas de vomitar, inevitables, en la mayoría de los casos.

El efecto de la Ayahuasca dura entre tres y cinco horas y la toma siempre se hace de noche. Por eso todos saben de antemano que dormirán en el lugar. Hay caras

pálidas, temblores en el cuerpo, respiraciones fuertes. Un incómodo silencio. Son esos minutos en los que aún se está a tiempo de salir corriendo. Pero nadie lo hace. Rodo desaparece por un rato. Vuelve con un tapiz de dibujos hindúes que coloca en el piso. Se vistió con una camisola negra y pantalones de capoeira y se sacó las sandalias.

En un segundo viaje trae la tan ansiada *medicina*, que nace de combinar dos plantas del Amazonas: una liana o enredadera, que es la Ayahuasca propiamente dicha, y la Chacruna, un arbusto de hojas gruesas. El preparado se consigue después de hervirlas varias horas.

El líquido está en una botella de plástico que coloca sobre el tapiz hindú en el suelo. Frente a él acomoda un almohadón de chenil verde. ¿Está todo? La Ayahuasca, el incienso, las velas. Vuelve a pararse. Regresa con una cartera de cuero llena de Mapachos: cigarrillos de tabaco negro que, según los chamanes peruanos, ayudan al trabajo de la planta.

A su lado está Tere. Tiene una melena afro con rulos rubios y canosos. Ojos claros, piel bronceada. Es bailarina, ágil, enérgica. Es la compañera de Rodo en el ritual y en la vida. Se hablan al oído y entonces ella se incorpora para apagar las luces y abrir las puertas. Entra una brisa caliente que igualmente alivia.

Antes de volver a su lugar, Tere toma la cartera y reparte los tabacos. Pronto el salón se vuelve una humareda. Hay toses y risas nerviosas.

Rodo empieza a cantar uno de los ícaros de iniciación.

—*Ayahuasca curandera shamoaycuna cayarí/ cura cura cuerpecito, traina naina nainí/ cura cura almacita, taina naina nainí...*

El ritual ya comenzó.

Ramiro se arrodilla en el almohadón y mira un rato hacia el techo. Cuando baja la vista, respira tan fuerte que la vela que está a los pies de Rodo corre riesgo de apagarse. Se saludan con la mirada, como si no se hubiesen visto antes. Ahora son otros, los dos frente a la planta embotellada, lista para tomarse.

Rodo pone la bebida en un pequeño cuenco de barro, de bordes gruesos, y antes de entregársela le sopla tabaco. Se la da con las dos manos, como si fuera un regalo. El otro la recibe, la bebe y frunce la nariz. El sabor, sin duda, lo sorprende.

Vuelve a su lugar y Rodo llama al que sigue. Así van pasando uno por uno, respetando el orden en el que están sentados. La Ayahuasca tardará entre 20 y 45 minutos en hacer efecto, por eso se van recostando. Los que saben la técnica respiran como Rodo les ha enseñado; los otros intentan poner la mente en blanco, y quizás lo logren por última vez durante esa noche.

No ha pasado tanto tiempo cuando Ramiro suelta una carcajada, la primera de muchas en el salón. Tiene

el pelo verde y su ropa repite ese color en los pantalones amplios y la remera batik que varía un poco los tonos del más claro al más oscuro. Otras risas le siguen a esa. Parece un público de comedia, sólo que a destiempo, cada una aparece aislada, dueña de su propio eco.

Se escuchan arcadas y un balde blanco es inaugurado. Rodo retoma el canto. Los ícaros son como lamentos, nostalgias, voces de melancolía y de cosas pendientes. Algunos se van sumando a tararearlos, otros vomitan, otros se ríen. Alguien inicia un tímido llanto.

—Dejenlo. Dejenlo que se limpie —dice Rodo. Tiene los ojos cerrados pero percibe que algunos están inquietos y quieren levantarse.

Quien llora es Ramiro. Le sale un quejido agudo, como el de un cachorro enfermo. Está sentado, tiene las manos sobre los ojos y se mueve hacia adelante y hacia atrás. Otra vez el ruido a balde blanco y la angustia de los ícaros. Ya no hay carcajadas y tampoco flota en el aire el miedo. Cada uno entró en la fascinación de su propia búsqueda y lo real empieza a confundirse.

Juan está acostado cerca de la puerta ventana que da al patio trasero, donde se repiten las plantas y el ambiente selvático de la entrada. Dibuja colores con las manos y se acaricia la cara. De a ratos canta, siempre

con los ojos cerrados. Lo primero que sintió cuando la bebida le hizo efecto fue que algo le crecía por dentro, como un cosquilleo desde los pies hasta la cabeza.

Tuvo miedo de que no quedara una sola cosa capaz de sorprenderlo después de esa noche. Vio la música, las canciones. Un rincón de su casa de la infancia. Las mascotas. Amó como nunca a sus seres queridos. Quiso abrazar y besar. Vio su pecho crecer hasta estallar con una luz brillante, llena de promesas y de tiempos futuros. Supo que estaba vivo y en algún momento también apareció la revelación de la muerte, como algo inevitable pero hermoso.

Juan asegura que antes de su experiencia con la Ayahuasca jamás había tenido una certeza. Tan simple y tan profundo como eso.

—Una certeza. No sabía lo que era. Nos pasamos la vida buscándolas, pero somos humanos, está en nuestra condición la duda eterna — cuenta Juan unos días más tarde de realizar el ritual.

Después de las náuseas respiró profundo y se dio cuenta que debía estar ahí, en ese lugar, en ese momento. Sintió la tranquilidad de quien ha cumplido. Durante tanto tiempo había buscado esa calma. Tiene 22 años y es el más chico de tres hermanos. Algo consentido y caprichoso, un día se dio cuenta que no podía seguir así. Había dejado la carrera y al igual que a los dos hijos mayores, sus padres le habían dado la oportunidad de hacer un viaje de intercambio a los Estados Unidos.

Hasta ahí, una anécdota como tantas otras. Pero el desenlace de esa experiencia fue determinante: lo echaron del país tres semanas antes de completar su estadía por mal comportamiento y volvió a la Argentina con deudas emocionales y monetarias.

—Andaba mal. Lo que se dice sin rumbo. Estaba en una búsqueda incansable.

Su relato se parece un poco a los de las personas que dan testimonio en los programas de pastores brasileños que se emiten por televisión después de la medianoche. Ciertamente, su historia es como muchas otras, pero también es única. El día de la ceremonia esos recuerdos aparecieron con colores opacos, lo que le dio la pauta de que finalmente esa etapa se había terminado.

—Era el duelo de la infancia y de la adolescencia frente al proceso doloroso de convertirme en un adulto — dice con una seguridad que ya nadie podrá quitarle—. Todo eso lo entendí con la planta. Son cosas pequeñas. Nada de grandes revelaciones. Te ordena la cabeza, te da la lucidez que lo cotidiano no te deja ver.

—¿Alguien quiere tomar un poco más de medicina? —pregunta Rodo a mitad de la noche. Quizás sean las dos o las tres de la mañana. Es difícil saberlo.

Nadie contesta. Se levanta un viento fuerte que cie-

rra de golpe una ventana. Entra un aire fresco y se larga a llover. El escenario es perfecto. Rodo insiste con la invitación. Esta vez varios levantan la mano y empieza la segunda ronda. Él también vuelve a beber.

—Si no “estoy en planta” no puedo cuidarlos —había dicho cuando todavía charlaban en la cocina.

Rodo fue precursor de la Ayahuasca en La Plata y uno de los pocos que organiza ceremonias en la ciudad. La ingesta no está prohibida en casi ningún país de América Latina. En el Perú fue declarada Patrimonio Cultural merced a los usos tradicionales practicados por las comunidades nativas amazónicas. Allí su valor social y terapéutico es tan importante que es utilizada cada vez más a menudo en el tratamiento para rehabilitar a personas adictas. En el Brasil es legal el consumo para miembros de pueblos originarios pero está prohibida su comercialización.

En nuestro país sus alcances legales se determinan en torno a la interpretación de la Ley Nacional de Estupefacientes (Nº 23.737). Es decir, a la discusión sobre si la bebida es o no una droga. Por ejemplo, en Córdoba, un chamán fue detenido por proveer la sustancia en noviembre de 2011 y ese hecho tenía otro antecedente, en agosto de ese mismo año, cuando la policía allanó un centro terapéutico en Cosquín en plena ceremonia.

Estudios científicos revelaron que la bebida contiene naturalmente dimetiltriptamina (DMT), una sustancia considerada el alucinógeno más poderoso del mun-

do, que también se encuentra de manera natural en la glándula pineal del cerebro humano y se produce en pequeñas cantidades cada vez que el individuo sueña. Con la ingesta de Ayahuasca, ese componente se potencia y provoca una sensación similar a estar soñando despierto.

Al ser un brebaje con uso cultural antiguo, se toma siempre en rituales o ceremonias guiadas por un chamán y con fines terapéuticos orientados exclusivamente a la sanación física o emocional y a la búsqueda de una autoconciencia y un autoconocimiento. Además, según aseguran los amautas de las comunidades y todo aquel que la ha tomado, su consumo no genera adicción.

—Es imposible usar la medicina para el divertimento. Su sabor no es para nada agradable y muchas veces te muestra recuerdos o te expone a sensaciones que en nuestra vida cotidiana preferimos no enfrentar —explica Rodo.

Él lo sabe muy bien: veinte años atrás sentía una tristeza profunda que nada del mundo conocible podía sanar. Algo le hacía falta. Esa necesidad motivó una búsqueda que duró mucho tiempo. Empezó por ir a misa y hablar con un sacerdote, pero ese lugar cargado de ritualismos y de íconos de la fe no lo aproximó siquiera un poco a la espiritualidad esperada.

Siguió por caminos alternativos a través de prácticas milenarias como la meditación, el Yoga y el Tai Chi

Chuan. Le sirvieron, y mucho. Pero también le abrieron más búsquedas. Seguía existiendo para él ese algo, en algún lugar del planeta, que tenía todas o casi todas las respuestas.

Pasó otro puñado de años hasta que un conocido lo cruzó por la calle y le contó sobre una planta que podía interesarle. Y así se encontró con un grupo de gente, que como él, no se conformaba con lo superficial ni con lo humanamente posible.

—Cuando tomé por primera vez fue como si me hubiesen dado una lupa gigante para mirar hacia afuera y hacia adentro. Quedé maravillado, sorprendido, agradecido —recuerda.

Un día se levantó y tuvo una idea: empezar a compartir Ayahuasca con los demás. Las personas debían conocer ese regalo de la naturaleza, no podían morir sin probarlo. Era injusto que algunos tuvieran la suerte de tomar y otros no. Se lo propuso casi como una misión y consiguió las plantas por Internet con una receta de cocción. Desde entonces abre las puertas de su casa y se ha convertido en una especie de líder espiritual al que se llega fácil a través de Facebook. Antes se accedía sólo en confianza o por recomendación. Hoy Rodo se ha masificado y con él también su medicina.

—*Ayahuasca curandera shamoaycuna cayarí/ cura cura cuerpecito, traina naina nainí/ cura cura almacita, taina naina nainí.*

Cecilia entona el ícaro mejor que cualquiera. Su voz resalta entre las demás. Se nota que canta lindo. Está acostada al lado de Ramiro, acurrucada, envuelta en una frazada violeta. Viaja desde hace más de un año con las plantas de Rodo. Empezó a ir a las ceremonias para acompañar a su novio por un problema de salud y comenzó a curarse ella también.

Amante de la magia y de lo desconocido tuvo siempre una atracción por lo esotérico, una sensibilidad especial por lo extraterrenal. Cuando era adolescente se unió a la Gnosis, una organización espiritual muy cuestionada y calificada de sectaria por quienes se especializan en este tipo de movimientos religiosos. La abandonó pronto porque sintió que lejos de “iluminarse”, se volvía cada vez más oscura.

Cecilia habla con una voz suave, melodiosa y a la vez, firme. Ella es así: tiene rasgos duros, pero sus gestos son dulces y sus modos, afectuosos. Si no toma la medicina se enferma. Las plantas trabajan para que su “mente se relaje”, su “espíritu se ilumine” y su cuerpo “se mantenga equilibrado”.

—Soy muy intensa. Cuando estoy contenta soy la persona más feliz del mundo. Y cuando me caigo, no hay nadie más triste que yo. Me enfermo. Me agarro cualquier cosa. Lo último fue una pulmonía. Y para recuperar el eje necesito la planta.

Con la Ayahuasca vio karmas de su familia en situaciones que no conocía. Vio también cómo la energía le corría por el cuerpo y cómo se trababa en algunos lugares, en la cabeza y el estómago, que generalmente le duelen. Vio imágenes de películas de terror. Imágenes de una vida a veces de terror. Vio la belleza de los árboles más allá de lo perceptible. Sintió lo que era ser un animal. Formas extrañas y coloridas se dibujaron en su frente. Vio sus manos moverse como si dejaran una estela. Lloró, cantó, vomitó. Quiso pararse y bailar.

—Pasaron unos días de la primera experiencia y las “fichas” siguieron bajando. Me preguntaba cómo no me había dado cuenta antes que las cosas eran de esa manera. Parecía todo tan simple.

La revelación de la Ayahuasca se convierte en un hecho indiscutible y las certezas flotan por el salón, como el humo del tabaco que Rodo vuelve a fumar. Se escucha por ahí: “Entendí en una sola noche lo que no pude entender en diez años de terapia”.

El cielo está gris aunque ya ha amanecido. Las hojas de las plantas todavía conservan algunas gotas de lluvia. Hay un olor ácido, a vómito quizás. Cantan los pájaros sobre una música de jazz un poco más alegre que los ícaros. Se escuchan, también, los estómagos haciendo ruido. Es que tres días antes de la ceremonia había

que someterse a una dieta estricta sin ningún derivado animal. Sólo frutas y verduras.

Tere prepara el mate. En la cocina hay ruido a paquetes de galletitas. Se van levantando y antes de sentarse alrededor de la mesa se encargan de los baldes blancos. Hay que enjuagarlos en el lavadero, caminar unos cuantos pasos hasta el fondo del patio y tirar el agua. Son casi las siete de la mañana. El ambiente es tranquilo, algo apesadumbrado. Los mosquitos pican en los pies, todavía descalzos. Sólo se conversa lo necesario. Una frase cae justa para describir el momento: “La procesión va por dentro”.

Hay ganas de irse. Cada uno lo hará con su propia revelación a cuestas, probablemente, dolorosa. Pero al menos sabrán que existe otro mundo más allá del conocido. Hay en la memoria de la tierra o de la mente humana algo capaz de sorprender, de voltear de una patada la racionalidad. Existe, en algún rincón del planeta, una planta capaz decir la verdad.

Y LOS
VERÁS
EN SU
AUSENCIA

Por Ayelén Iñigo



La voz de Joan Manuel Serrat flota en el silencio del salón.

—*Son aqueellas pequeñas coosas/ que nos dejó un tiempo de roosas...*

Pasaron unos minutos desde las seis de la tarde y hace poco que comenzó la sesión de Constelación Familiar, la nueva terapia alternativa de grupo que tiene cada vez más adeptos en Argentina. Las treinta personas que fueron a constelar están sentadas en sus sillas con los ojos cerrados.

—*En un rincoón/en un papell o en un cajón...*

Escuchan la música, respiran.

—*Y nos hacen que lloremos/cuando nadie nos vee.*

María, la consteladora —la que coordina el encuen-

tro—, se acerca al reproductor, apaga la música y toma el micrófono.

—A ver, que levanten las manos quienes quieran constelar —dice mientras observa las caras del salón. La mayoría mira hacia el piso, algunos buscan un punto perdido en la pared. Una mujer rubia, sentada en la segunda fila, levanta la mano. María se acerca con pasos cortos.

—Contanos qué querés constelar.

—Mi nombre es Alicia. Y vengo porque... porque... — se le quiebra la voz, hace fuerza con la garganta y los sonidos se ahogan—. Vengo porque en el año 77 los militares asesinaron a mi marido.

Silencio.

María le acaricia el hombro y sigue pasando con el micrófono. Otros tres hombres se animan a contar lo que vienen a tratar: conflictos con la madre, problemas de dinero, el karma de los suicidios en la familia. María escucha y cuando todos terminaron toma asiento.

—Alicia, vení. Vos vas a ser la primera en constelar — dice María con un tono suave que nunca modifica, pase lo que pase.

Alicia se acerca y se sienta a su lado. Los demás participantes miran con solemnidad. El salón es una habitación con techos muy altos y filas de sillas naranjas formando un cuadrado. En el centro están los asientos para el constelador —María— y el constelante —en este caso, Alicia— y a sus pies se extienden dos alfombras

que cubren casi todo el piso.

—Yo venía a hablar de otra cosa, pero en cuanto entré al salón me di cuenta de que necesitaba hablar de Marcelo, mi marido —cuenta Alicia, aunque más tarde me dirá que la decisión la tomó un poco después, cuando pusieron a Serrat, justo ahí, justo esa canción, la que escuchaban con Marcelo cuando se conocieron.

María hace algunas preguntas para conocer detalles relevantes de la historia de Alicia. Después se queda pensando sumergida en un silencio total. La consteladora mira a la gente, la recorre con los ojos. Señala a un joven de la primera fila.

—Vos vas a interpretar a Marcelo —le dice.

Él se saca los zapatos y se pone de pie en el centro, sobre la alfombra. Todos miramos. Hay más silencio. El joven —que ahora es Marcelo— se tira al piso y queda así, acurrucado, inmóvil. María vuelve a mirar a la gente como un cazador furtivo. Señala a una chica gorda, de ojos muy oscuros y ceño fruncido.

—Vos vas a ser la madre de Marcelo.

La joven se para en la alfombra y mira a quien ahora es su hijo. Lo observa sin decir nada. No se acerca. María vuelve a mirar al público.

—Vos.

Otro joven pasa al frente.

—Vas a hacer del asesino de Marcelo.

Se nota que el chico es nuevo y está muy nervioso. Viste una remera negra ajustada y de sus brazos muscu-

losos asoman tatuajes de colores. Tiene el pelo peinado con gel, algunas cadenas en el cuello. Parece tener miedo. Sonríe.

—Ahora, mamá —le dice María a la chica de ojos oscuros—, ayúdalo a Marcelo a que se pare y mire a su asesino.

La joven mira al asesino —el musculoso— con bronca. Lo mira fijo y empieza a acercarse a él respirando con fuerza. El asesino no se mueve. Ella se acerca y respira, respira, respira, respira. Cada vez más fuerte.

—Bueno basta, no respire más así. Ya te vimos. Dejá de hacerlo porque te vas a hiperventilar —le dice María y la chica se detiene—. ¿Por qué no ayudás a Marcelo a que se levante y mire a su asesino?

Marcelo sigue ahí tirado. No se mueve. Su mamá se acerca y poco a poco lo levanta sosteniéndolo por la cintura para que se mantenga en pie. Ahora Marcelo está frente a frente con su asesino. Se miran.

—Marcelo, mirá a tu asesino y respirá. Respirá para devolverle su alma, que quedó con vos cuando te mató.

Alicia observa la escena desde su silla. Tiene la cara cansada, las bolsas marcadas debajo de sus ojos acuosos. Los hombros le caen para adelante como si pesaran varios kilos. Llora por lo bajo y se seca las lágrimas con un pañuelo.

—Ahora el alma volvió al asesino. Vení, Alicia, acercate. Decile a Marcelo que aceptás su destino y que vas a seguir adelante —dice María mientras le toma la mano.

—Acepto tu destino, Marcelo. Voy a seguir adelante.

—Muy bien. La madre y el asesino pueden volver a su asiento. Ahora Alicia, tenés a Marcelo para decirle lo que quieras.

Alicia lo mira a Marcelo con ternura. Se acerca y lo abraza. Lo abraza unos minutos y llora sobre su hombro, el hombro de su marido. Marcelo.

—Ya podés volver a tu asiento Alicia —dice María y acto seguido hacer sonar tres platillos indicando el final del tratamiento—. ¿Ahora quién quiere ser el próximo en constelar?

Las Constelaciones Familiares son una herramienta terapéutica que tiene como propósito —según explican sus practicantes— encontrar el orden y el equilibrio en las relaciones humanas. Su creador es Bert Hellinger, un filósofo alemán que se desempeñó como misionero católico en Sudáfrica durante dieciséis años.

Hellinger decidió investigar sobre las Constelaciones luego de vivenciar algunas en Alemania y en Estados Unidos. Estaba impactado por los resultados, pero como no había ninguna definición ni explicación del fenómeno comenzó a profundizar por su cuenta hasta desarrollar lo que hoy se denomina propiamente Constelaciones Familiares: una terapia alternativa que reconoce la existencia de conflictos, comportamientos y

preocupaciones que se transmiten a través del sistema familiar, de generación en generación, determinando los problemas psicológicos que puede sufrir cada individuo en su vida actual.

El método consiste en que cada persona, con ayuda de otros participantes, configure su constelación familiar, es decir, recree la situación que –según su percepción– es la que está generando el conflicto y el malestar en su vida. Mediante esta representación luego el constelador ayuda a sacar conclusiones acerca del sistema y a buscar posibles soluciones.

–En un sistema que está desordenado es muy difícil que fluya el amor –explica María, consteladora que trabaja en Argentina pero que se formó de la mano del mismo Bert Hellinger–. Por eso cuando alguien viene y constela algún conflicto familiar lo que se intenta lograr es que se lleve una imagen que le sirva para afrontar lo que tiene que afrontar. Nosotros no hablamos de sanación, no hacemos magia, simplemente se pone en escena algo que la persona trae como angustia, y lo que se lleva es una imagen nueva, de solución.

–¿Y qué hacen en el caso de que el problema que lleva la persona sea una afección física, una enfermedad?

–Todo problema puede abordarse desde las Constelaciones. A veces, la enfermedad está dando cuenta de una lealtad. Por ejemplo, la persona se lleva mal con el padre y entonces a la misma edad en la que el padre tuvo un infarto esta persona hace un infarto. ¿Qué está

mostrando eso? El síntoma sustituye el vínculo. Si esa persona revé el vínculo con su padre por ahí le agarra el infarto, pero se salva. En vez de amar al padre, se enferma. Es una manera de rendirle un homenaje, un tributo, de amarlo.

Si bien muchas personas adeptas a las terapias alternativas recurren a las Constelaciones para tratarse, esta práctica no cuenta con un aval científico y por tal motivo se sigue considerando un procedimiento alternativo. Sin embargo, Bert Hellinger elaboró una especie de marco teórico que apoya su propuesta, compuesto por un cóctel de influencias provenientes de la física cuántica, el chamanismo y las enseñanzas orientales, entre otras. A todo eso lo bautizó como la “Hellinger Ciencia”.

Quienes dudan de la eficacia de este tratamiento se preguntan, ¿qué pasa después de constelar? La pregunta es válida si se tiene en cuenta que una de las premisas de esta terapia alternativa es que —luego de constelar— el paciente debe esperar al menos seis meses antes de poder continuar con las Constelaciones. El día que Alicia consteló y lloró, por ejemplo, volvió a su casa y se vio impedida de retomar su historia dentro de ese espacio terapéutico.

En el centro de Constelaciones Familiares donde fue

Alicia, funciona también una escuela de formación para quienes quieran ejercer el trabajo de constelador. Es la mañana de un martes de abril y está terminado la última clase del día. Desde adentro del salón se escucha la voz de una profesora que habla por un micrófono, luego unos aplausos y la puerta que se abre. Sale mucha gente, y entre ellos hay varias personas que —se ve— estuvieron en la constelación del miércoles pasado. Luego explicarán que parte de la formación consiste en asistir a las Constelaciones que ofrece el centro, para poder participar y aprovechar la práctica.

Las personas siguen saliendo del aula. Son en su mayoría mujeres de entre unos treinta y cincuenta años. Caminan despacio, hablan, se amontonan en la puerta. Pero entre tanta presencia femenina se ve una cabeza rubia que asoma sobre las demás. Es “Marcelo”, el “esposo” de Alicia, ese representante que hace sólo una semana estaba tirado en el medio del salón, acurrucado e inmóvil como si realmente estuviera muerto. Aunque hoy —en la vida real— “Marcelo” se llama Sergio y está cursando su primer año de la formación como constelador. Habla con sus compañeras y ríe. No parece la misma persona. Su aspecto de persona común y corriente le saca ese aire místico que tenía cuando estaba tirado en posición fetal.

Un rato después, en un bar al que van todos los alumnos, Sergio da las explicaciones del caso.

—Mi mujer es psicóloga y ella estudió Constelaciones

y se dedica un poco a esto. Y a mí me interesó y me puse a estudiar. Hace ya cinco años que constelo pero recién ahora me decidí a empezar la formación.

La carrera para ser constelador en el centro donde estudia Sergio contiene 355 horas presenciales más 45 de investigación a realizarse en dos años y tiene como requisito obligatorio asistir a los talleres de constelación. El costo de la matrícula es de \$300 y la cuota mensual es de \$950. Como en Argentina no hay un ente que avale el estudio de las Constelaciones, a los estudiantes que se reciben se les da un certificado de la Asociación Española de Constelaciones Familiares Bert Hellinger, con sede en España.

Aunque Sergio comenzó ahora sus estudios, hace cinco años que recurre a las Constelaciones Familiares como su modo de terapia. La primera vez que fue tenía desconfianza: estaba en un salón con treinta personas donde unos completos desconocidos le contaban historias sobre sus abuelos y sus antepasados como si realmente los conocieran. Y la verdad era que ni siquiera él tenía registro de sus familiares más lejanos.

—Pero con el tiempo, llamalo casualidad, empezó a venir un primo mío que hacía muchos años que no lo veía y le empecé a preguntar a él sobre la historia de mi familia y me empezó a contar de mis abuelos y me contó cosas que habían aparecido en las Constelaciones. Entonces me di cuenta de que eso no era cualquier cosa. Lo vi de otra manera — cuenta Sergio con una se-

riedad que mantiene a lo largo de toda la charla.

—¿Siempre constelás? ¿Incluso cuando tenés un malestar físico?

—Dicen que cuando hay algo que tenés que ver y no ves, primero aparecen señales en la calle: o ves muchos choques o que pasan muchas ambulancias. Cuando uno no puede ver eso, te lo hace ver el cuerpo con una enfermedad o una gripe. Ellos siempre aconsejan que primero hay que ir al médico. Y después eso queda en cada uno. Yo voy al médico y después constelo. Y si eso me ayuda a curarme más rápido, mejor. Es una cuestión de fe y de respetar el destino que le tocó a cada uno.

—¿Y cómo explican que los participantes comiencen a sentir y actuar como la gente a la que ellos representan?

—Es algo fenomenológico. Dicen que está en el aire. Es como cuando uno habla por teléfono. La información pasa por el aire. Acá es igual. La información está en el aire y uno la engancha y baja.

Escucharlo a Sergio explicar las Constelaciones no se compara con verlo sumergido en ellas. Él es siempre una de las personas más activas del salón y no hay vez que no lo llamen para que sea participante. A veces lo eligen y le dicen a quién tiene que representar, pero hay otras ocasiones en las que él no sabe quién es y sólo se deja llevar por lo que siente. Como le pasó cuando recién comenzaba a constelar: en una ocasión lo hicieron pasar al frente y en el momento en que se paró en la alfombra comenzó a sentir un calor que lo sofocaba.

Quería salir corriendo del lugar, la ropa le quemaba y tuvo que empezar a sacarse los abrigos. Cuando la constelación fue avanzando, Sergio se enteró que estaba representando a un joven que se había prendido fuego. Le pareció terrible, inexplicable.

—Tanto para ser constelador como para participar uno tiene que sacar la cabeza. No tenés que tratar de pensar qué haría esa persona, tenés que dejarte llevar y hacer lo que te dice tu cuerpo. Si tu cuerpo dice que tenés que quedarte quieto y no mover un pelo lo hacés, porque solo te lleva. Es increíble.

Quieto. En el piso, en posición fetal. Así sintió Sergio que tenía que interpretar a Marcelo, el esposo de Alicia. Un hombre que ya estaba muerto y al que habían asesinado durante la dictadura. Sergio estaba quieto y Alicia lloraba. Después él pudo incorporarse, se abrazaron. Pero la tristeza de Alicia seguía ahí, detrás de esos ojos acuosos y cansinos.

—Acá terminamos el taller, por favor los que constelaron no se olviden de pasar por secretaría —dijo María antes de despedirse.

Todos salimos. Algunos empezaron a irse y los constelantes entraron a la oficina que hacía de recepción, una habitación repleta de libros y DVDs con toda la teoría de Bert Hellinger a la venta, con precios que iban desde los 50 hasta los 1000 pesos. Una secretaria joven, que ya nos había cobrado los \$100 de ingreso al taller, ahora se encargaba de cobrar los 250 pesos extra que

deben pagar todos los que finalmente constelan. Entre esas personas estaba Alicia. La vi pagar. Dos meses después, en una conversación telefónica, Alicia me contará que aquella constelación la ayudó a entender —por primera vez en su vida— que su marido estaba realmente muerto, que ya no era una sombra. Sin embargo, ese día la vi irse del centro de Constelaciones, perdiéndose en un pasillo que ya era todo penumbra. Se fue con la certeza de que debería guardar en solitario su angustia o la incertidumbre. Al menos por seis meses más.

SER
MÁS DE
UNA VEZ

Por **Marien Chaluf**



Parado frente a la mesada en la cocina de su casa, Walter sintió de repente el sabor metálico de la sangre. Se tocó la boca, escupió, pero nada. Sólo saliva. Esa sensación se repitió esporádicamente durante varios años, hasta que entendió que cada vez que le sucedía tenía cerca un cuchillo.

En su departamento del barrio El Mondongo de La Plata conviven imágenes de la Virgen con mandalas y sahumeros. Todo allí parece rendirle culto a algo. Walter vive en un santuario. De fondo suena rock nacional, aunque entre sus discos predominan sonidos de la naturaleza y música oriental. Es soltero y a sus casi 45 años comparte vivienda con una gata, de la que habla como si fuera una hija.

Walter sabe mirar. Con sus ojos grandes y redondos dice tanto como con las palabras. Tiene el pelo corto y renegrido y una incipiente barba asoma en su rostro delgado de piel oscura. Está convencido de que cada cosa que le sucede es por algo y con ese dogma a cuestas, hace un tiempo buscó asustado una explicación para el gusto a sangre. Después de una breve indagación, que excluyó médicos y estudios físicos, se encontró con la Regresión o Terapia de Vidas Pasadas, que según asegura, dio respuesta a esa sensación y a muchas cosas más.

Pero su historia tiene otros matices. Es necesario aclarar de antemano que Walter siempre tuvo lo que él describe como “un don”, ya que cuando “una fuerza superior” lo determina, puede ver el interior de los demás:

—El pasado, el futuro y sus secretos —dice con una seguridad que da miedo.

La realidad cotidiana de un vidente no es fácil, según cuenta. Las visiones aparecen a menudo con sus compañeros de trabajo y también en su labor extra como técnico de computadoras.

—A veces la información baja en momentos inoportunos. Todavía no he aprendido a actuar frente a esas situaciones —reconoce—. Sólo muy pocos saben de mi capacidad. Es como si una luz bajara y ahí es cuando veo.

En una época de rebeldía y cuestionamientos decidió

alejarse de la medicina. Para él la cura está en la cabeza, en la voluntad de cada uno. El cuerpo responde torpemente a lo que manda, superior y altiva, cada mente humana. Pero las circunstancias, más precisamente la burocracia laboral, lo obligaron a tener contacto asiduo con los doctores.

Un martes de junio cruzaba la calle 7 a la altura de la plaza San Martín, en pleno centro de La Plata, cuando una moto no esperó el cambio del semáforo y lo levantó por el aire. Tan alto voló que la caída fue terrible y la junta de profesionales le dio tres meses para la recuperación de la fractura expuesta en su pierna derecha. Pese a haber sido asistido por una ambulancia y trasladado a un hospital, Walter está convencido de que se curó gracias al “milagroso Reiki”.

—Los médicos sólo acompañaron la mejoría con calmantes y diagnósticos —asegura.

En su relato no hay lamentos y no se cansa de repetir ese dogma “de las cosas que pasan por algo”.

—Iba a hacer una inversión de dinero muy importante con una ex pareja y el accidente lo impidió. ¡Menos mal! Después supe que me iba a estafar —cuenta.

—Cerramos los ojos. Respiramos suavemente. Largamos el aire despacio. Comenzamos a aflojar los mús-

culos —Marcela, la terapeuta de Vidas Pasadas, inicia el mantra—. Primero soltamos los brazos. Flojitas las piernas. Somos una pluma que flota por los aires, como si pudiéramos salir de nuestro cuerpo que nos ata en la tierra.

Algunos ya están acomodados, otros se mueven acostados sobre las colchonetas que están distribuidas por toda la habitación. Una señora de pelo canoso y rasgos orientales repite en voz baja la oración de Marcela. Se parece a María Kodama, sólo que más alta y corpulenta. Al lado, una chica de tez blanca y pelo rojo mueve la nariz como si un estornudo estuviese a punto de romper con la calma. Y justo atrás está Walter, el único varón del grupo que completan otras dos mujeres.

—Nos elevamos. Comenzamos a ver desde arriba. Primero las provincias, después el país entero. Ahora observamos el mundo y nos elevamos aún más —sigue Marcela con una voz suave y un cantito que alarga cada palabra, como si contara un cuento para chicos.

Camina a través de los espacios que hay entre cada una de las personas y realiza un símbolo en la frente de los más inquietos. Sus pasos suenan fuerte sobre el parqué perfectamente lustrado. Usa botas marrones con tachas y un pantalón de jean ajustado. La remera, con una inscripción en dorado, reza *All you need is love*, un clásico de Los Beatles que se ha convertido en más que una canción.

—Una puerta de hierro se abre —continúa—. Nos recibe un bello jardín lleno de hermosas plantas y fron-

dosos árboles de las frutas más dulces y sabrosas –levanta los brazos y se recoge el pelo rubio, que suelto le llega casi hasta la cintura.

–Estamos en el paraíso junto al Señor, quien nos invita a bañarnos en un oasis de aguas cristalinas. Nos miramos en las aguas, pero éstas nos devuelven otra imagen de nosotros mismos y nos permiten ver más allá... Uno, dos y... Tres –larga el aire despacio–. Pensemos en el primer lugar que se nos viene a la mente... ¿Dónde estamos? ¿Quiénes somos?

Nadie contesta. Todos parecen haber encontrado ese punto entre la relajación y la hipnosis al que apunta la terapia. Un canto de delfines y otros sonidos de la naturaleza aplastan el ambiente y apenas un rayo de sol, que se filtra a través de una única ventana, ilumina la cabeza de una de las acostadas.

La habitación, casi hermética, está decorada con objetos que Marcela guarda de sus viajes y de los de algunos pacientes: un rosario con pétalos de rosa de Santiago de Compostela; un buda verde, que ocupa el centro de una pequeña mesa junto a la ventana y dos pirámides que dicen Egypt están sobre la barra que enmarca la cocina. En las paredes, pintadas de un armónico amarillo claro, hay tres cuadros con coloridos dibujos que representan el camino a la regresión. Y en el piso, las colchonetas con las personas acostadas que evocan una vida pasada. Todo ocurre en el interior de un pequeño departamento, a dos cuabras del Obelisco en la gran

Ciudad de Buenos Aires. ***

Patricia es sola. Así se describe y así se presenta. Hija única de padres mayores, algo ermitaña pero divertida. Está vestida de violeta desde el cuello hasta los pies. Tiene un sweater tejido por ella y un jogging en la misma gama. Es que ese color la ayuda a equilibrar la mente y a transformar las obsesiones y miedos en una “energía benévola”.

Años atrás percibió que alguien más habitaba su departamento de Hurlingham y pese a quejarse crónicamente de su soledad, no se sintió animada con la posibilidad de que fuera un espíritu. Por eso consultó a una mujer que le recomendó envolver en telas violetas las fotos de sus familiares fallecidos, ya que al dejarlas en exposición provocaba que éstos se quedaran atados en la Tierra “sin poder ir hacia la luz”. Desde entonces busca estar protegida con ese color que además, asegura, tiene esas otras potencialidades.

Pero sus miedos, tristezas y obsesiones siempre estuvieron relacionados con la soledad. Odiaba y aún odia la idea de quedarse sin marido y de no haber tenido hijos.

—Nunca tuve novio. Jamás —dice, y aún se sonroja como si estuviese en falta—. Estallé cuando en un control médico mi ginecólogo me dijo que estaba a punto de entrar en la menopausia. Me angustié muchísimo

y lloré. Era el fin de todo lo que había soñado, porque pese a que en el fondo sabía que a mis 43 años iba a ser muy difícil quedar embarazada, siempre mantenía una mínima esperanza.

Después de recibir la noticia, Patricia tomó el tren de la línea San Martín y de ahí un micro que la dejó a tres cuadras del loft que Marcela alquila sólo para atender a sus pacientes. Días después de aquella primera experiencia las cosas se reordenaron. Primero en su cabeza y después en el cuerpo. “Debe haber habido una equivocación, todavía te falta para la menopausia”, se retrató el médico tras revisar los estudios.

Otros cambios se sucedieron: la diabetes volvió a estar controlada después de años, la miopía dejó de avanzar y perdió mucho peso.

—No volví a enfermarme porque entendí que si estás en armonía, o por lo menos intentás estarlo desde el fondo de tu corazón, la enfermedad no tiene cabida.

Esta es la tercera experiencia con Marcela; fue la primera en llegar y se la notaba ansiosa por contarle a los demás. Es que cada uno debe presentarse y confesar qué es lo que busca sanar. Así, como grupo de autoayuda.

—En mi primera sesión entendí mi soledad y aprendí a dejar de cuestionarme algunas cosas —cuenta Patricia a los novatos—. A partir de ahora empiezo a sanar.

Después del mantra el aire se espesa en el pequeño departamento ubicado en el microcentro porteño, donde Patricia, Walter y las demás buscan encontrarse en sus vidas anteriores para conocer su pasado y sanar esos karmas que vienen a truncarles el presente.

Así lo explica Marcela antes de iniciar cada taller. Devota de Brian Weiss, el psiquiatra estadounidense fundador de la Regresión a fines de los 80, elige hacer algunos retoques en su teoría: criada en el seno de una familia católica, prefiere hablar de Jesús y de los arcángeles como instrumentos de sanación, aunque también recoge elementos de las religiones dhármicas, como el hinduismo y el budismo, cuando se refiere al karma.

Según Weiss, la Regresión es una terapia que apela a la rememoración de eventos de vidas pasadas a los que se llega mediante estados expandidos de la conciencia: meditación, hipnosis, relajación, etc. Esta práctica está fundada en la creencia de que las personas traen a sus vidas actuales cicatrices de otras anteriores, que por lo general están relacionadas con un fallecimiento o suceso traumático. Es así que al evocar vivencias anteriores se puede comprender por qué se padece determinada enfermedad, fobia, miedo o dificultad en el presente y, a partir de ese momento, se inicia el proceso de autosa-nación que también evitará que esa situación se repita en una reencarnación futura.

—Nuestro ADN viene programado para que tengamos tal o cual enfermedad. Eso pasa cuando hay un kar-

ma no resuelto de una vida anterior —asegura Marcela.

Ella conoció los postulados de Weiss después de que su papá fuera asesinado durante una discusión callejera por el conductor de un auto al que había chocado. Desde entonces sintió la profunda necesidad de perdonar, porque creía que si se llevaba todo ese odio y rencor de la Tierra no descansaría en paz.

Tras años de psicoanálisis ininterrumpido y sin los resultados esperados, recibió la visita de una amiga, quien le habló de las bondades de purificar el alma para volver como un ser sano en una vida futura.

—Yo siempre digo que empecé a hacer Regresión para prevenir y no para curar. Me hacía tan bien que un día decidí que podía formarme para compartirlo con los demás.

Un soldado corpulento suda de miedo en una batalla. Los pies de una mujer dejan huellas sobre la arena fresca de una playa agreste. Un viejo llora el abandono de su familia. Un colorido vitraux con el dibujo de una rosa aparece con la certeza de ser un objeto conocido. Una nena come una manzana en una fría noche de lluvia. Un leñador es devorado por lobos cuando intenta llegar a su casa.

Para la Regresión todo tiene un origen, una causa y una consecuencia. El miedo paralizante a los perros

que la chica de pelo rojo expuso, entre otras cosas, antes de comenzar la terapia, se racionaliza a través de la historia de una vida anterior en la que es atacada por animales salvajes muy parecidos a los caninos.

Lo mismo sucede con María Kodama. Un anciano vulnerable atravesó por sus más profundos temores: la soledad y el abandono. Quedó viuda hace un tiempo y sus hijos viven lejos. Es artista, escultora, y no sabe el nombre de sus vecinos. “Paso días sin hablar con nadie”, confiesa. Extraña a Juan y a Macarena, pero no se anima a decírselos.

Cuando le toca el turno a Walter afirma que no puede ver. Sólo imágenes sucedidas por otras a gran velocidad, inconexas y dramáticas. Se pone nervioso, le transpiran las manos y comienza a toser como si se ahogara.

Marcela se inquieta. Se arrodilla, le toca la frente y lo invita a imitarla en la respiración, pero nada lo calma. Le prohíbe que abra los ojos, porque pese a la tensión está haciendo “un buen trabajo”. La escena se parece un poco a la de alguna película de terror, de hechizos o exorcismo. Pero el ruido de los autos y algún grito de la calle contaminan el dramatismo con lo cotidiano.

—Ya está. Ya veo —dice después de uno o dos minutos que duran una eternidad. Le cambia la expresión y retoma un respirar pausado, relajante.

—Soy un soldado. Estoy desarmado. Sé que voy a morir.

—¿Qué más ves? —pregunta Marcela.

—Veo mi muerte. Una espada me atravesó la espalda,

siento un ardor que se expande por todo el cuerpo. Se me cierra la garganta. El gusto a sangre.

El episodio de Walter terminó con el viaje de casi todas las demás, menos de Patricia. Cuando Marcela le pregunta, cuenta que camina por la arena, que sus pies están frescos, que es mujer y que está embarazada.

—Voy a tener este bebé soltera. —dice

—¿Por qué?

—Porque nadie me quiso. Soy prostituta.

—Pensate en unos años, ¿cómo te ves?

—Mi hijo es varón. Sólo puedo ver su brazo lleno de pelos, que me rodea el cuello.

—Lo tuviste, lo cuidaste y te quiere. Quédate tranquila, en otra vida fuiste mamá —le dice Marcela. Y ella respira en una mueca de inmensa satisfacción.

Se incorporan, estiran los músculos, algunos mueven sus cabezas de un lado a otro y hacen sonar los dedos. Nadie se atreve a hacer un comentario terrenal, no hay lugar para conversaciones cotidianas. Lo de Walter fue extraño y en el ambiente la tensión persiste como el aroma a sándalo de un sahumero ya consumido.

Walter le habla al oído a Marcela. Se desprende la campera y pide un vaso con agua. Bosteza, bosteza mucho.

—Decilo. Dale, decilo —insiste ella. Pero él duda. Es que lucha a diario con la mirada atónita de los demás y, en ocasiones, con las burlas que genera su “don”. Se decide, mira al grupo y lo larga. Afirma haber visto algunas vidas que no le pertenecen.

—Creo que estuve en experiencias que son de ustedes —explica y como es de suponer, desconcierta.

Pero ninguna de esas vidas se condice con las de recién. Necesita ordenar la información. Sólo recuerda con claridad una rosa en un vitraux, que de acuerdo a la descripción, Marcela asegura haber visto en sus inicios en la terapia. Por eso propone que se intercambien los teléfonos, quizás en algunos días Walter tenga algo más para decir.

Y entonces por fin lo terrenal: se levanta la persiana y todavía está el sol. Siempre estuvo ahí. Las mujeres revuelven las carteras y buscan los anteojos. Comienzan los chistes sobre celulares que no entienden y letras que no ven. Marcela ofrece té y café, pero nadie acepta. Agradecen y caminan hacia la puerta con un andar cansino y una sonrisa solemne.

—Hay algo mágico en todo esto —reflexiona Patricia.

Walter se va con una explicación sobre el gusto a sangre, que automáticamente convierte en convicción. Hay abrazos largos y sentidos. Más agradecimientos. Marcela sigue aconsejando a uno por uno, como un manual de instrucciones, un decálogo con los pasos a seguir para que las piezas encajen:

—No se bloqueen. Respiren, perdonen y agradezcan. Amen a sus seres queridos, disfruten de esta vida porque si no la próxima les va a pasar factura.

La puerta ya está abierta, pero falta algo. La ayuda no es gratuita. Patricia le recuerda al grupo:

—¡Tenemos que pagar!

De nuevo a las carteras. Marcela no había dicho nada, pero ahora se la nota más tranquila. Aunque casi imperceptible, el gesto le cambia en el semblante. Vuelven a entrar y ella saca una cajita blanca del último cajón de la mesada. La abre, cuenta los billetes que le van dando y antes de guardarlos controla que no sean falsos. Terminan de pagar y enfilan otra vez para la puerta. Hay risas y disculpas. El episodio es un sacudón de lo mundano. Se alejan por el pasillo oscuro, helado. Bajan las escaleras en silencio, ya se ve la calle y las palomas custodiando la vereda. Cada uno emprende su rumbo y otra vez vuelven a ser ellos, caminantes y buscadores, con grandes dudas y algunas certezas.

Impresión

Empixs SRL

Diseño gráfico

María Emilia Fiorincino

Ilustraciones

Flavio Linares

Tomar una bebida de plantas amazónicas e iniciar un recorrido de alucinaciones espirituales, inyectarse anestesia en todas las partes del cuerpo para encontrar la sanación, buscar en los recovecos de la mente los recuerdos de nuestras vidas pasadas o hacer terapias grupales para solucionar traumas familiares. Ese es el viaje que proponen las crónicas de *Caminos Alternativos*, un recorrido donde lo místico y lo mágico se convierten en el medio para conocer un poco más el universo de las Terapias Alternativas en la Argentina: ¿Qué ven en nuestro cuerpo? ¿Cómo entienden a la salud ya la enfermedad? ¿Por qué son controversiales? En un mundo donde los grandes relatos de la modernidad parecen haber dejado de dar las respuestas suficientes, son cada vez más las personas que se proponen recorrer el camino de lo alternativo, y estos textos se internan en ese universo de la mano de los mismos protagonistas, intentando develar qué hay, realmente, en el fondo de su búsqueda.
